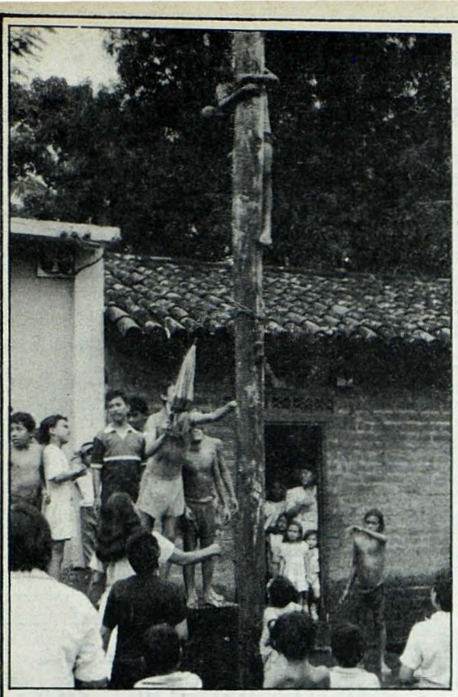
Las Fiestas Patronales Preservan Tradiciones



INTENTA.— Un joven de Nahulingo, Sonsonate, intenta llegar a la cima de un "palo ensebado", para ganarse los premios. Al no lograr su objetivo se une a otros y forman pirámides humanas.

Es una incomparable experiencia ver y compartir la persecución del cerdo embarrado de manteca que, durante los festejos patronales de muchas villas y ciudades del interior de la República, hace las delicias de todos cuando corre chillando por las calles del pueblo, perseguido de cerca por una bulliciosa multitud.

Una vez lo cogen, el animal se revuelve sobre si mismo y lo más probable es que escape, más bien se deslice, del abrazo desesperado de sus frustrados captores, a los que solamente queda el unto de grasa sucia en brazos, manos y cara.

Los festejos patronales que se celebran en diversos lugares del país contribuyen a la conservación de las tradiciones salvadoreñas, tanto las de contenido religioso como las de orden terreno.

Para las personas que viven en las ciudades populosas es agradable trasladarse a las más tranquilas y reposadas villas y cantones del interior de la República para participar en las festividades locales. Allí se encuentran a resguardo de las influencias de música y costumbres extranjeras las raíces culturales de la raza.

Tal es el caso de Nahulingo, Izalco, Guatajiagua, San Antonio del Monte, San Pedro Masahuat, Cacaopera, San Juan Nonualco, Panchimalco, Nahuizalco, La Palma, Rosario de Mora, Juayúa y otros.

En ellos permanece como tradición el palo ensebado, generalmente erigido frente a la Alcaldía. El palo es liso y recto. En ocasiones mide unos 5 metros de altura. Está untado con una gruesa capa de manteca o sebo y en su extremo superior cuelga un bolso con dinero. En algunos sitios cuelgan de él mercadería,

—Favor pase a la página 27.

"VIEJOS".— Durante noviembre y diciembre, las fiestas patronales se caracterizan por los desfiles de los "viejos", que recaudan fondos para las cofradías.

Jardín Botánico Conserva Valiosa Muestra de Flora

(Por Marvin Portillo). ¿Ha visto usted alguna vez un árbol de tomate? Pues esta rara especie (ya desaparecida) es una de las tantas "curiosidades" vegetales que se conservan en el Jardín Botánico La Laguna, el cual, con sus innumerables especies de árboles y plantas, constituye el más completo reservorio de la flora salvadoreña.

El Jardín Botánico, enclavado en un extinto lago volcánico, en La Laguna, Antiguo Cuscatlán, fue creado hace 11 años por un grupo de ambientalistas que consideraron la posibilidad de convertir el lugar en la única institución especializada destinada al estudio y conservación de la flora salvadoreña y regional.

La directora del reservorio, Lic. María Luisa Reyna de Aguilar, manifiesta que en el parque, de 4 manzanas y media de terreno, se conservan en su ambiente natural unas 3 mil especies vegetales, muchas de ellas desaparecidas o en peligro de extinción.

El vergel es visitado mensualmente por unas 10 mil personas, en su mayoría estudiantes que llegan en expediciones de estudio procedentes de todos los rincones del país.

El jardín está dividido en 33 zonas, en las que se distribuyen sus incontables especies vegetales, las cuales conviven y se desarrollan en forma sorprendente sin el uso de abonos o insecticidas de ninguna especie.

"La multiplicidad de plantas permite establecer un perfecto equilibrio ecológico que vuelve innecesaria la utilización de pesticidas o abonos", explica la licenciada de Aguilar.

Al caminar entre las estrechas veredas que recorren el exuberante jardín, el visitante es invadido por la sensación de estar en medio de una selva, no sólo por el abundante follaje y la rareza de las especies (pues se ven bambúes gigantes y voluminosos cedros tupidos de helechos), sino también por sus escondidos estanques y la obscuridad y baja temperatura imperante en casi todo el reservorio.

Una las experiencias más "extrañas" consiste en percibir el cambio violento de ambiente que se opera al pasar de la representación de selva virgen (abundante de hojas gigantes y húmedos troncos leñosos), al pequeño desierto, poblado de captus y henequenes y bajo los cuales descansan los restos de la casa del filántropo Walter Thilo Deininger, quien donó todo el terreno donde hoy se erige la población de Antiguo Cuscatlán.

PLANTAS CURIOSAS

En el Jardín Botánico lo raro se convierte en lo común, pues abundan especies extintas que el visitante, aún teniéndolas presentes, se niega a creer que existan, tales como el árbol de tomate, el maíz sin mazorca, los bambúes gigantes y las atractivas pero mortales plantas venenosas, las cuales conviven con los helechos medicinales.

Una de esas extrañas especies es el maíz sin mazorca (Zea Diploperennis) considerado el antecesor del maíz que alimentó a nuestros antepasados indígenas y que, según estudios científicos, tiene más de 2,000 años de antigüedad.

La extinta planta posee la facultad de reproducirse por si misma, pues sus granos, muy distintos al del maíz que cocemos hoy, se desprenden por si mismos de la planta sin necesidad de la acción del hombre.

"El maíz original no es conocido y puede asegurarse que desapareció hace muchos años, por lo que la especie de maíz que conservamos en el Jardín Botánico tiene una gran importancia científica", dice la directora del vergel.

Otra planta que llama la atención es la "Estrella de Belén" o

—Favor pase a la página 15.

BAMBU GIGANTE. Bambúes de más de 40 metros de altura se elevan sobre la abundante flora del Jardín Botánico.

10 MIL VISITANTES. Alrededor de 10 mil personas, en su mayoría estudiantes, visitan mensualmente el Jardín Botánico La Laguna, que el sábado 14 y domingo 15 celebrará sus 11 años de fundación con una "Feria de plantas".